

2) SISTEMÁTICA

Xabier Pikaza, *Dios, judío, Dios cristiano. El Dios de la Biblia* (Estella, Navarra: Verbo Divino 1996) 434 pp.

Es esta una monografía dedicada a la contraposición en la unidad y la diferencia de una experiencia doble del mismo Dios: la judía y la cristiana. Una obra más del prof. Pikaza, en la cual acredita sus amplios conocimientos de la teología bíblica y su capacidad de síntesis para el uso catequético, formativo y pastoral de cuantos se interesan por las Escrituras. En esta obra, por tanto, se destaca su valor histórico espiritual; es decir, tanto el significado cultural como religioso de la Biblia. Bien es verdad que la preocupación del autor es la de llevar al lector al encuentro final con el rostro del Dios vivo. De esta forma, para alcanzar lo que Pikaza llama «plano de experiencia personal» y «plano pastoral o de enseñanza religiosa», ha estructurado la obra haciendo que el lector pase por planos de penetración previa en su mensaje: plano literario, teofánico, filosófico y teológico. Todo ello en función de un solo objetivo: descubrir al lector el rostro del Dios bíblico hasta llevarle a su misterio.

Se adivina en esta obra el trabajo de investigación exegética y bíblica, querencia primera, sin lugar a dudas, de Pikaza; y después el trabajo de cátedra. Profesor de teodicea y de fenomenología e historia de las religiones, el autor sabe combinar elementos diversos: el esclarecimiento del dato bíblico y su inserción en la historia de la religión judía y del cristianismo; la fenomenología de la teofanía bíblica y el alcance conceptual de su elaboración filosófica y teológica por el cristianismo.

La obra está concebida de forma que resulte útil para el estudio y la enseñanza. Se han seleccionado 72 textos bíblicos que responden a un proyecto articulado en tres partes. *La Parte I^a* lleva por título *Dios israelita: raíz compartida* (pp. 17-233). Está subdividida en cuatro epígrafes, si bien responden a la triple consideración del misterio de Dios (creación, revelación y pecado y redención). Esta aproximación al misterio divino se realiza sobre el fondo que el autor llama «raíz común» de ambas visiones y experiencias de Dios: judía y cristiana. Los textos elegidos han de ser forzosamente del AT: Pentateuco, Profetas, Libros históricos y sapienciales. Se tocan, sin lugar a dudas, los grandes núcleos de la experiencia bíblica de Dios en la historia de la Alianza antigua, pero contando con los conocimientos que permiten una lectura de la Biblia posible gracias a la contribución de las ciencias humanas venidas en su auxilio: lenguaje, historia, psicología y sociología aplicadas a la religión de la Biblia, en la cual Dios ha querido mediar la revelación divina, modificando sustancialmente la experiencia religiosa de la humanidad.

La Parte II^a, titulada *Dios, judío: Ley sagrada y pueblo santo* (pp. 237-331), se centra ya en la «versión judía» de Dios. No porque el autor ignore

la elaboración judía de los datos más propiamente «israelitas», sino porque, con todo acierto, se centra en la judaización de la tradición bíblica, que habría de constituir el contexto religioso previo a la irrupción del NT con la experiencia de Dios de Jesús de Nazaret. Esta judaización pasa por la frontera del exilio, que da lugar a la restauración definida de Israel frente a las naciones como pueblo nacional y religiosamente judío. Es el tramo histórico que va de Esdras y Nehemías (450 a. de C.), pasa por la crisis macabea (del 170 al 160 a. de C.) y llega a la caída del Segundo Templo (70 d. de C.). Un período definitivo para abrir el judaísmo a la esperanza escatológica universal, al tiempo que para cerrarla en definida contraposición a su apertura por parte del cristianismo. Un período originado en los últimos años de la judaización de la experiencia del Dios de Israel. Es para esta parte para la que el autor, al lado de textos sapienciales e históricos, elige algunos textos intertestamentarios y extrabíblicos (de Qumrán, rabínicos, apocalípticos) de interés pleno para poder conocer la identidad del judaísmo religioso sobre cuyo perfil se define la revelación de Dios por Cristo.

La *Parte IIIª* nos coloca ante la exposición final: *Dios cristiano: mesianismo y gracia universal* (pp. 235-428) confeccionada con los textos del NT. El lector asiste a la reformulación de la experiencia judía de Dios y su novedad mesiánica ofrecida por la proclamación del Evangelio. Al tiempo que se da razón de la «ruptura» con la tradición judía, se explica sobre el fondo de esta tradición el alcance verdadero de la revelación de Dios por Jesús y se expone la forma cristiana de la universalización de la tradición común a judíos y cristianos.

Cada parte es introducida por una bibliografía sucinta y bien seleccionada, que se prolonga en la que se ofrece en cada división temática de las tres partes. Un índice de textos bíblicos permite ver el recorrido de la obra por la Biblia judía y cristiana. Huelga ponderar el valor introductorio de esta obra al estudio (bíblico y sistemático) del misterio del Dios revelado en la historia de la salvación, centro de la experiencia humana de Dios y clave de su sentido. Destaco, por esta razón, el indudable valor ecuménico de la obra, que presta un gran servicio a cuantos están interesados en el diálogo cristiano-judío en nuestros días.

Adolfo González Montes

Javier Jiménez Limón, *Pagar el precio y dar razón de la esperanza cristiana. Dos proyectos teológicos: Metz y Segundo*. Col.lectànea Sant Pacià, n. XXXIX (Barcelona: Facultat de Teologia de Catalunya - Ed. Herder 1990) 591 pp.

Esta obra es la coedición por la Facultad de Teología de Cataluña y Herder de la tesis doctoral del malogrado teólogo mejicano Jiménez

Limón, prematuramente muerto poco después de la defensa de la disertación. Es un trabajo que se propone una aproximación a la obra de dos teólogos políticos, a los que diferencia no tanto la formación, cuanto el contexto geográfico-político que les ha tocado vivir: la de Juan Bautista Metz, el creador de la «nueva teología política» europea; y la del, al igual que el autor de la tesis, recientemente fallecido, Juan Luis Segundo, el jesuita argentino cuya obra no hubiera alcanzado la difusión lograda una vez adscrito a la «teología de la liberación», y convertido en uno de sus protagonistas más conocidos.

La obra de Juan Bautista Metz es bien conocida en España, donde sin duda ha ejercido una notable influencia. También la de Segundo, ligada en su última etapa a la defensa de la teología de la liberación contra las matizaciones a la misma de la Congregación de la Fe. El autor ha elegido lo fundamental de la obra de ambos teólogos, incluyendo en ella tanto monografías como ensayos y artículos (revistas y enciclopedias), incluso algunos de tono menor. En conjunto, una obra no muy extensa, de la cual se dejan fuera algunos títulos. En el caso de Segundo es llamativa la elusión de la que es su obra más sistemática: los cuatro vols., en ed. original de Buenos Aires (en español, Cristiandad editó la obra en tres vols.), de la *Teología para el laico adulto*.

La obra se abre con una Introducción (pp. 9-36), donde se coloca ya el cap. I (*Dos estilos, dos itinerarios*). Está dividida en tres partes. La primera se titula *Hoy: diagnóstico de la problemática* (pp. 39-251). La segunda afronta la *epistemología* y el *método* de ambos teólogos (pp. 255-482); y la tercera redefine la *esperanza cristiana hoy* a la luz de sus aportaciones (pp. 485-576). En lo que se refiere a la primera parte, el autor va contraponiendo el diagnóstico de los dos teólogos: conciencia global de nuestro tiempo, sensibilidad, cultura y situación eclesial, intercalando un *excursus*, sobre las reflexiones críticas de Segundo a la situación eclesial, entre estos tres planos primeros del análisis y el diagnóstico de la teología, que a su vez da paso a una primera síntesis y a valoración del autor.

La segunda parte está centrada en las cuestiones de la epistemología y método. Primero se ocupa del «primado de la praxis» ético-social en Metz, a quien consagra un nuevo *excursus* dedicado a esclarecer «el *status* cognoscitivo de los principios epistemológicos de vigencia extrateológica» (*sic*); para pasar luego a la epistemología de Segundo, seguido del correspondiente *excursus*. Tras la epistemología, la metodología: explica el uso del «método dialéctico» de Metz, que es teológico-fundamental, por diferencia con el «círculo hermenéutico» donde se mueve Segundo a caballo de la tensión entre «fe e ideología», propio de una teología «liberada y liberadora». Los dos capítulos que ocupan el estudio del método van de nuevo seguidos de los correspondientes *excursus* de síntesis y valoración. En estos análisis presenta el autor los elementos cristológicos que diferencia el tratamiento del método por ambos teólogos.

La tercera parte tiene un carácter fundamentalmente prospectivo y sigue las propuestas de reconstrucción de la fe y de la teología de Metz

y Segundo (cap. 9). La obra termina con un último capítulo de esta tercera parte sobre la fundamentación *de la fe hoy*, que quiere ser una propuesta críticamente dialogada de la fe a tenor del diagnóstico realizado de la situación histórico-espiritual del mundo y sociedad contemporáneos, con la atención puesta en los dos contextos geográficos de los teólogos estudiados: la sociedad postburguesa de Metz y la sociedad en emancipación latinoamericana.

Permítasenos hacer algunas moderadas anotaciones críticas. No conocemos el original de la tesis, pero la obra publicada hubiera ganado con un verdadero aparato crítico, que hubiese permitido no sólo seguir la descripción de la obra de los teólogos estudiados, sino desde dónde se les enjuicia y qué justificación científica tiene la evaluación que se hace de ellos. Es verdad que se ponen referencias entre paréntesis y se aducen textos con cita en siglas al lado de los mismos. Todo ello va remitiendo al lector a la obra de los dos teólogos, pero parece insuficiente para la pretensión del estudio.

El lector tiene la impresión que la instancia crítica de la lectura de ambos autores es la propia síntesis del autor. Una síntesis que se muestra orgánicamente estructurada desde lo que pudiera ser una concepción de la sociedad, de la teología y de la Iglesia según la mente de la teología de la liberación. Con todo, aun así, esa síntesis orgánica, si aparece más «postulada» que «demostrada», siempre pecará de creer obvio lo que científicamente tal vez no lo sea tanto. Falta, pues, una literatura de contraste. La misma que le hubiera permitido al autor fundamentar el alcance real de la cristología (importante en ambos autores) que sustenta la síntesis de los dos.

La lectura, sin embargo, de su obra ha sido atenta y crítica al mismo tiempo, y el esfuerzo de sistematización, aun con las deficiencias indicadas, quiere responder a una ordenación estructurada de los materiales. En conjunto, la contraposición realizada de la obra de ambos teólogos, aunque quizá hubiera requerido una más justa periodización de su obra por referencia a teología occidental, permite una visión global de dos modelos de teología política y de su contexto cultural y social. Por esto, debe resaltarse el valor pastoral de este estudio, ya que podrá servir a la reflexión que requiere un programa evangelizador atento a la realidad histórica y social del medio.

Adolfo González Montes

D. Borobio, *La iniciación cristiana. Bautismo. Educación familiar. Primera eucaristía. Catecumenado. Confirmación. Comunidad cristiana* (Salamanca: Sígueme 1996) 623 pp.

El amplísimo panorama de este libro se esboza en el subtítulo: la iniciación cristiana no es una celebración puntual distribuida en tres fases o

momentos inconexos. Al contrario, es un camino largo, que no se recorre en solitario, cuyo punto de partida es la fuente bautismal. Ahora bien, como en este comienzo, en la mayor parte de los casos, no tiene parte activa el sujeto interesado, el autor reafirma en todos los tonos la importancia de la familia, de la educación familiar, para que los primeros pasos del bautizado sean dados en la correcta dirección. El primer tramo del camino suele terminar en la primera eucaristía o, más popular, primera comunión, y para que ésta no sea a su vez la última, es indispensable que el proceso iniciatorio siga adelante, hasta su plena maduración. Es el camino que pasa forzosamente por el catecumenado hacia la confirmación, ya que sin esa preparación la confirmación suele celebrarse, por desgracia en tantos casos, como despedida de la Iglesia, y no como en realidad debe ser, como plena incorporación a la comunidad cristiana, en la cual el que ha recorrido el camino de la iniciación cristiana ha de vivir y realizar su ser cristiano. Éste es el panorama que dibuja el profesor Dionisio Borobio en este libro verdaderamente impresionante por la amplitud de temas y perspectivas en torno al «gran sacramento de la iniciación», desarrollados con la competencia de un maestro con muchos años a las espaldas de investigación científica, de docencia universitaria y de práctica pastoral.

La obra se divide en cuatro «libros», cuyos contenidos más importantes voy a resumir a continuación. En el primero expone lo que podríamos calificar como teología fundamental de la iniciación, empezando por la definición y delimitación del objeto, sus bases antropológicas, su especificidad cristiana, pues «el concepto de iniciación cristiana es relativamente nuevo» (p.214), y las dimensiones constitutivas que, según el autor, son la teológica, la eclesiológica, la personal, la sacramental y la histórica. Pero si se echa un mirada al estado actual de la cuestión, «puede calificarse de insuficiente, y no plenamente coherente, la estructura iniciatoria que hoy presenta la Iglesia como la “más normal”, dado que no posibilita la realización plena de las dimensiones integrantes de la iniciación, ni sitúa los distintos elementos y signos sacramentales iniciáticos en aquel momento vital en que es posible la realización personal y eclesial plena de su sentido. Todo ello está urgiendo a un replanteamiento que implique una reestructuración de la iniciación cristiana» (p. 41). Pues bien, éste será uno de los motivos conductores de la presente obra: el profesor Borobio insiste una y otra vez en la necesidad de afrontar con decisión y coraje el problema de la iniciación cristiana desde su raíz, si queremos que efectivamente sea un proceso iniciático hacia la plena madurez cristiana.

El segundo «libro» es, con mucho, el más extenso (13 capítulos), de conformidad con la importancia objetiva del primer sacramento de la iniciación: el bautismo, «punto de partida y a la vez referencia de toda la vida cristiana» (p. 47). El esquema del desarrollo es nítido: el bautismo en la Escritura, luego en la historia, distinguiendo las etapas más significativas: época patrística, con la configuración, en un primer momento, de la iniciación como un todo sacramental (el gran sacramento de la iniciación) y luego la quiebra de la unidad celebrativa de la iniciación en la tradición

occidental a partir del siglo v; la época medieval, donde se da una admirable profundización teológica en los distintos componentes del signo sacramental, su institución, su eficacia, la exigencia de la fe, el ministro, el sujeto, el carácter, pero al precio de una cierta pérdida de referencia celebrativa (la *lex orandi*), y, por tanto, con escasa presencia de la dimensión pneumatológica y eclesial; en resumidas cuentas, «la escolástica había supuesto un avance teológico, pero también un cierto retroceso litúrgico y pastoral, comparado con la praxis de iniciación de la época patristica» (p. 175). Vino luego la crisis de la Reforma y la reacción de Trento con el angostamiento de la economía sacramental, bien por recorte (rechazo de la sacramentalidad de la confirmación por los protestantes), bien por aislamiento o independencia mutua de los signos sacramentales de la iniciación, con lo que esta noción tan fundamental en los primeros tiempos cayó en desuso, hasta la renovación del Vaticano II que la recuperó como una categoría básica de la renovación de la comprensión y del ser cristiano.

En el recorrido por la historia de la iniciación destacan dos capítulos, cuyo argumento nos interesa conocer y que no suele abordarse en otros estudios de temática semejante: el que se refiere a la tradición hispánica, donde pone de relieve una peculiaridad propia como la posibilidad de conferir la unción postbautismal, equivalente a la confirmación, por el presbítero debidamente autorizado, en una sorprendente anticipación de la praxis actual, y en paralelo con la praxis oriental, que sólo reserva al obispo la bendición del crisma o myron. Y el capítulo dedicado a los planteamientos teológico-pastorales y a la praxis de la iniciación en la evangelización de América para poner de relieve el «encomiable *esfuerzo de adaptación e inculturación* por parte de los misioneros» (p. 209), así como la justificación de aquella manera de proceder, que a una mirada superficial puede parecer demasiado sacramentalizante, pero «había bautismo con mayor o menor preparación, porque luego había “doctrina” permanente» (p. 210). Dedicó luego un capítulo al estudio del bautismo en los documentos ecuménicos recientes, y al término del mismo, después de repasar las distintas tradiciones de las Iglesias sobre la iniciación y teniendo presente la meta que persigue el movimiento ecuménico, ofrece el autor «unas sugerencias para avanzar en el camino de la unidad. Estas sugerencias se basan en lo que nosotros llamamos un “principio nuevo”, que consiste en la afirmación de que la Iglesia, siendo fiel a todo lo que es esencial a sí misma, puede avanzar en el tema de la iniciación, planteando una “reestructuración” coherente, y desde el respeto a la diversidad de tradiciones» (p. 272). De nuevo, la idea conductora: hay que acometer sin miedo y sin tardanza el problema de la iniciación, no imponiendo nada a nadie, pero tampoco de espaldas a las demás tradiciones cristianas. Los ejes que articulan este «principio nuevo» son los siguientes: «la unidad de la iniciación cristiana debe entenderse más como unidad dinámica (de referencia interna) que como unidad estática (de celebración única y puntal)»; debe aparecer «como un proceso total, como un todo único, como el gran sacramento de la iniciación»; esto implica «una recuperación ade-

cuada del catecumenado o proceso catecumenal, como ámbito y medio más propio para posibilitar la iniciación plena en un antes o un después bautismal». Y a los que a toda costa defienden la unidad de la iniciación, les recuerda la necesidad de «tener en cuenta el contexto catecumenal que la sustenta desde el principio, y debe sustentarla también ahora»; por eso, al renovar el proceso de la iniciación no hay que mirar sólo atrás, a lo que ha sido y cómo se ha vivido, «hay que considerar además que la autocomprensión de la libertad y la dignidad del hombre reclama cada vez con más insistencia la procesualidad y gradualidad de la iniciación» (pp. 273-274).

La reflexión teológica está elaborada con gran acierto desde la mistagogia bautismal. Y por mistagogia entiende «aquella explicación de los sacramentos, que tiene en cuenta, de forma complementaria, la diversidad de aspectos desde los que se manifiesta su plenitud de verdad» (p. 276). Y ahondando en el signo y en su significado, en la celebración, en los textos bíblicos y eucológicos con su riqueza de gestos, imágenes y símbolos, en el rito completo, saca a luz una teología y una espiritualidad bautismal mucho más rica y atractiva que la de los manuales de cuño puramente dogmático. Especialmente hay que destacar el equilibrio trinitario y económico-salvífico de esta teología bautismal-iniciatoria que Borobio se esfuerza en pergeñar. Desde la clave mistagógica recorre los distintos aspectos o dimensiones del bautismo a partir del símbolo actual, el que nos ofrece el ritual renovado, su interpretación histórica, su sentido teológico y su aplicación litúrgico-pastoral. Se trata de un esquema realmente interesante y aprovechable en las catequesis bautismales y de iniciación.

Una vez que el autor ha puesto los fundamentos para una adecuada comprensión y celebración del bautismo a la luz de la Biblia, la Historia y la Teología (mistagogia), pasa a tratar, en los dos últimos capítulos de este segundo libro, no un caso particular, sino el bautismo tal como se practica desde hace muchos siglos: el bautismo de los niños, al que califica de «sacramento especial de la Iglesia», mostrando su fundamento bíblico-histórico, su problemática teológica, su celebración y algunas orientaciones pastorales a tener en cuenta. Esto sin perder de vista que «el bautismo de adultos constituye el bautismo normativo, referente, paradigmático, a la luz del cual hay que entender todo otro bautismo: es el bautismo celebrado en la vigilia pascual, y después de un catecumenado, junto con los otros sacramentos de iniciación, el que constituye el punto de referencia de todo bautismo» (p. 233). O como dice en otro lugar: «partimos del convencimiento de que el bautismo de adultos (RICA) constituye el referente de una iniciación plena» (p. 330). Y si esto es así, «el bautismo de niños sólo encuentra su sentido pleno dentro de la iniciación entendida como un verdadero proceso en continuidad» (p. 234). No hay que extrañarse de que «se califique al bautismo de niños como un "sacramento incompleto", "no acabado", "en espera de plenitud"» (p. 344), plenitud que le vendrá de la aceptación personal, libre, en la fe. Por eso habla el autor de «relativizar» el bautismo de niños, sin disminuir un ápice su importancia y significado salvífico para el sujeto receptor, pero situándolo en su contexto pro-

pio, no personalizado, con lo cual es indispensable asegurar el desarrollo del germen de gracia, la adopción filial, la configuración con Cristo, el don del Espíritu, la incorporación a la Iglesia; en una palabra, asegurando en lo posible la respuesta personal de fe al final del camino de la iniciación. Porque «su verdad plena depende más de lo que sigue que de lo que precede. Por desgracia, creemos que en la Iglesia actual no existe un verdadero “proyecto” o “sistema” iniciático que, teniendo en cuenta este punto de partida del bautismo de los niños, así como los elementos integrantes del mismo según su doctrina y tradición, ofrezca unas mediaciones realistas, coherentes, integrantes y dinámicas para conducirlo a su plenitud» (p. 368). De ahí la relevancia que otorga Borobio al proceso catecumenal de la iniciación, porque aquí, «en la iniciación cristiana se juega la Iglesia su propia identidad» (p. 229). El tratamiento que hace Borobio de este asunto es digno de tenerse en cuenta porque abarca de manera casi exhaustiva toda la problemática: se trata de una valoración teológica del bautismo de los niños hecha desde una perspectiva antropológica, teológica, protológica, eclesiológica e iniciatoria, resaltando en cada caso los aspectos positivos y limitativos (¡no negativos!), y desde estos últimos es desde donde se justifica que se califique al bautismo como «sacramento especial» (p. 345). Respecto de la pastoral del bautismo no deja de ser significativa esta constatación: según Borobio, «una gran mayoría de sacerdotes acepta hoy una pastoral de bautismo sin verdadera ilusión, sin convencimiento de su eficacia, como algo que inevitablemente hay que hacer, pero de lo que no se cuida mucho cómo se hace. Y la razón más profunda radica en que se está convencido de que la pastoral del bautismo de niños no es la solución ni al problema de “cómo se hace un cristiano” ni a la cuestión de “cómo se renueva una comunidad”. Al fin y al cabo, lo que decide del futuro cristiano de una persona bautizada es su propia actitud y opción personal» (p. 363). Como la problemática está ahí, el autor propone una pastoral y celebración del bautismo de niños diversificada, contando con la desecristianización masiva por influjo de la secularización, que exige un proceso catecumenal en orden a asegurar la fe que dé paso a la celebración sacramental.

El «libro» tercero está todo él consagrado a la confirmación e iniciación cristiana. De este asunto Borobio ha tratado en repetidas ocasiones, y seguramente será uno de los primeros que allá por la década de los setenta intentó renovar entre nosotros con creatividad la preparación y celebración de este sacramento. Ahora, «pensamos que sólo se logrará una verdadera renovación de la confirmación, y por ella de la fe y de la vida de la comunidad cristiana, cuando se renueven conjunta y adecuadamente los tres sacramentos de la iniciación... junto con los otros elementos que integran el proceso total; y cuando sea la Iglesia entera la que se empeñe en una reestructuración global de dicho proceso, teniendo en cuenta las circunstancias y situación actual» (p. 387). Aparece de nuevo la idea guía del autor a lo largo de este trabajo: o renovarse o morir. Aunque la terminología parece estridente, «historización del Espíritu», se entiende bien lo que Borobio quiere decir: el don del Espíritu de

Cristo que descendió sobre los apóstoles en pentecostés, dando así comienzo a la misión de la Iglesia en el mundo para cumplir el mandato de Jesús de predicar y bautizar, requiere visibilidad, corporeidad, sacramentalidad, para que no se esfume, y para que la economía trinitaria quede bien definida en el ámbito sacramental. Por eso, respecto de la problemática cuestión de la institución de este sacramento, se pregunta: «Si el Espíritu procede de Cristo, ¿no ha de proceder también de Él aquel signo por el que la Iglesia, en coherencia con la dinámica signal histórico salvífica y con la forma de actuar del mismo Cristo, quiere representar y actualizar el mismo Espíritu? Si el Espíritu pentecostal reclama una historización en la Iglesia, ¿no ha de ser el sacramento peculiar por el que se quiere transmitir este Espíritu, un sacramento de la Iglesia?» (p. 417). Como en el caso del bautismo, también aquí, después de explicar los fundamentos bíblicos, desarrolla la historia de la confirmación, desde su integración en la única celebración de la iniciación, pasando por una progresiva desvinculación hasta formar rito sacramental aparte, en la tradición occidental y su reserva al obispo, como ministro ordinario, y por tanto exclusivo, o como ministro originario, según enseña el Vaticano II (LG 26), para no chocar con la praxis oriental, y facilitar así, como en la antigua tradición hispánica, que otros presbíteros, con las debidas licencias, puedan conferirla. De todas formas, no se puede ignorar la significación eclesial del obispo en la confirmación, significación que en ambas tradiciones se expresa en la consagración del myron y del crisma, pero de una manera particular en la occidental al reservar al obispo el ministerio de este sacramento «significando así la plena incorporación a la Iglesia» (p. 496), de modo que «el mismo obispo viene a ser también un signo personal de la historización del don pentecostal para la edificación de la Iglesia y la extensión del reino» (p. 497).

Como pórtico del capítulo sobre los aspectos teológicos de la confirmación, Borobio da esta definición: «la confirmación es un sacramento de la iniciación cristiana que confiere el don del Espíritu pentecostal como fuerza para el crecimiento personal en la vida cristiana y para la edificación de la Iglesia, especialmente por medio de un testimonio en el mundo y ante los hombres, que es a la vez prenda de vida eterna» (p. 457). El capítulo consistirá, pues, en el desarrollo de estos elementos constitutivos del sacramento del don del Espíritu pentecostal. El autor insiste en esta calificación, que apunta al acontecimiento culminante de la pascua, para diferenciar la comunicación del mismo Espíritu en el bautismo que nos introduce en el misterio de la pascua (muerte y resurrección) de Cristo: «el Espíritu en la confirmación se nos da “de un modo especial”, a semejanza de pentecostés, nos “sella” de una manera propia como don escatológico, nos “caracteriza” con una definitividad peculiar como miembros del cuerpo de la Iglesia, nos “fortalece” con nuevo dinamismo en vistas a la santificación y el testimonio» (p. 506). El don del Espíritu en el bautismo es para hacernos cristianos, en la confirmación es para actuar como cristianos. Al tratar luego de la pastoral de la confirmación, y los problemas conexos con la alteración del orden lógico de la iniciación cristiana, Borobio, en la

línea de E. Lodi, se apunta a la propuesta de retrasar la confirmación sin romper la unidad basándose «en la *distinción entre "primera eucaristía" y "eucaristía de la comunidad adulta"*» (p. 524). Y de nuevo su conclusión: «lo que nosotros proponemos es una re-estructuración de los sacramentos de la iniciación cristiana o del proceso sacramental hacia la integración plena en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esta re-estructuración supone un concepto de sacramento espaciado, una comprensión dinámica de la unidad, una reinterpretación de la primera eucaristía, la recuperación del proceso catecumenal, el retraso de la confirmación a una edad más avanzada (entre 16-18 años), y la valoración de la eucaristía de la comunidad adulta como punto culminante de la iniciación» (p. 525). Más alto y con más palabras se podrá decir, pero más claro no. Éste es el proyecto que propone y defiende Borobio, y hacia aquí confluyen todas sus demandas de reestructuración del gran sacramento de la iniciación cristiana. Para él, «de las alternativas planteadas, la más viable, la que más sentido tiene en su conjunto, es aquella que propone el retraso de la confirmación a una edad más avanzada, recuperando el proceso catecumenal y haciendo al mismo tiempo que la primera eucaristía sea lo que realmente dice y que la eucaristía de la comunidad adulta sea lo que realmente significa» (p. 528 s.). Un retraso de la confirmación que no implicara un catecumenado capaz de introducir al candidato en el misterio de Cristo y de la Iglesia no estaría justificado. De ahí la importancia que da el autor al proceso catecumenal como garante de una verdadera iniciación cristiana, que parte del bautismo, pasa por la primera eucaristía, madura en la confirmación y culmina en la eucaristía de la comunidad adulta.

El cuarto «libro», como el primero, es breve, pero pastoralmente interesante, por el enfoque y propuestas de carácter práctico que hace respecto de la primera eucaristía y primera penitencia. Como «relativiza» el bautismo de niños desde la principalidad del bautismo de adultos (referente sacramental ideal), el autor relativiza también esta primera eucaristía para poner el énfasis en la eucaristía de la comunidad adulta, término y culminación del proceso de iniciación. Aquella «debe ser considerada como el primer momento de una pedagogía eucarística, en vistas a la participación plena en la eucaristía de la comunidad adulta» (p. 595). Y entre una y otra se sitúa el proceso catecumenal que salvaguarda la unidad interna de la iniciación y la lleva a su consumación.

Como se ve, la obra del profesor Borobio que comentamos es un manual sobre la iniciación cristiana, y más que un manual; recoge los frutos de más de dos decenios de enseñanza y de investigación; los ordena y sistematiza haciendo resaltar la coherencia y unidad interna de los distintos argumentos tratados. Decimos que es más que un manual, por lo menos más que un manual al uso, puesto que arriesga propuestas, no se limita a recorrer caminos trillados, insiste en la necesidad de afrontar globalmente y con decisión la problemática en torno a la iniciación cristiana. Podría parecer utópico el proyecto que Borobio defiende, con su exigencia ineludible del catecumenado, pero de continuar con el realis-

mo pastoral-sacramental de la actual situación, consistente en seguir arando con los bueyes que tenemos, la degradación de la realización del camino-iniciación hacia el ser y actuar como cristianos libres, maduros y responsables, eso sí que parece inevitable.

Para terminar esta larga nota aludo a algunas imprecisiones de carácter histórico que en próximas ediciones habría que corregir. Así, en la p. 182 dice que Erasmo «apoyándose en la línea del papa Gregorio XIII (1584), así como en la de Carlos Borromeo...». Pero difícilmente Erasmo se pudo apoyar en ellos, pues murió en 1536, cuando Carlos Borromeo (1538-1584) todavía no había nacido. En la pp. 188 y 189, por dos veces atribuye el *Ordo baptismi del Rituale romanum* de 1614 al papa Pío V, cuando en realidad es de Paulo V (1605-1621). Tampoco parece muy correcto decir en la p. 328 que «después de San Agustín» [354-430] diversos concilios... y cita el III de Cartago (397) y el de Elvira (316). En la p. 356 se refiere al «Decreto contra los jacobitas», cuando debiera decir «para»; algo parecido en la p. 458 s., donde escribe «Decreto de los armenios», y no «para» los armenios. En la p. 390 atribuye a Jn 14, 7 la frase «de dónde viene o a dónde va», cuando en realidad es de Jn 3, 8. Otra atribución incorrecta aparece en la p. 411: la frase «del costado de Cristo nació el sacramento de la Iglesia», no sería de San León Magno, sino de San Agustín, al menos la constitución de liturgia, SC 5, la cita como suya. En cuanto a algunas erratas he podido observar que cuando se refiere a agnósticos escribe siempre gnósticos (pp. 357, 366, 370); probablemente será cosa de la metodología editorial, pero no parece correcto escribir «santa sede», así, con minúsculas, como si fuera un nombre común; lo mismo se diga de la forma de escribir Espíritu santo, como si aquí «santo» fuera un mero adjetivo, y no definidor del Espíritu precisamente. Y ya que estamos en esto, la transcripción correcta sería «hagios», no «agios», como escribe en la p. 69. Éstas y otras erratas que se han colado no empañan para nada el mérito de esta gran obra del profesor Borobio; de ella se puede decir que, en su género y por el abanico de temas que aborda, no hay otra igual en el panorama bibliográfico español. Para el tema de la iniciación cristiana, este libro será en adelante lugar de referencia obligada.

Jose María de Miguel González

M. Ponce Cuéllar, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia (Manual de Mariología)* (Badajoz, 1995) 409 pp.

A pesar de que se habla de crisis de la mariología, y de crisis también de la piedad mariana, las publicaciones científicas y de alta divulgación sobre la Virgen María no cesan, ni disminuyen. Hace apenas un año vio la luz *El libro de la Virgen*, que a pesar de su volumen y de su alto precio ha conseguido una segunda edición en el plazo de doce meses largos. En el mismo año 1995 han visto la luz en España tres manuales de

Mariología. Éste, que presentamos, y otros dos de los que son autores J. C. Rey García Paredes (Madrid, BAC, 419 pp.) y J. L. Bastero de Eleizalde (Pamplona, EUNSA, 344 pp.).

Son tres manuales de factura similar, pero de estructura y contenido diferentes. Para valorarlos, hay que tener en cuenta sus objetivos y sus circunstancias. Porque, aunque coincidan en el género de manual, ¿coinciden también en esos otros extremos, y tienen todos una misma intención? De cualquier modo, esta norma es básica para hacer una interpretación y valoración de esta obra de Ponce Cuéllar, que yo quiero tener aquí presente.

El autor parece enmarcar su mariología en el esquema del Concilio Vaticano II y seguir sus pautas fundamentales. Así parece indicarlo el primer punto de su introducción. Por eso, organiza la materia que nos presenta el Concilio y la completa, según las exigencias de la mariología actual.

La obra, prologada por el Excelentísimo Sr. D. Antonio Montero, arzobispo de Badajoz, archidiócesis a la que pertenece el autor, consta de tres partes, precedidas de una amplia *Introducción*, que no es una simple presentación del texto. El autor expone en ella algunas cuestiones generales: características y orientaciones de la mariología, y «principio configurador», o primer principio de una mariología científicamente estructurada, destinada a cumplir la función de un manual.

La parte primera es un breve tratado de mariología bíblica: *María en la Sagrada Escritura*, en el tiempo de la profecía (Antiguo Testamento) y en el tiempo de la plenitud (Nuevo Testamento). Analiza todos los textos mariológicos, en apartados de una estructura similar: lectura del texto, contexto, exégesis, análisis particulares.

La parte segunda expone el desarrollo mariológico en los Padres de la Iglesia, dividida en dos períodos: el primero, hasta el Concilio de Calcedonia, y el segundo, desde Calcedonia hasta el final de la era patrística. Siendo tan importante esta época y la misma tradición patrística para el conocimiento de la mariología, y en particular de algunos dogmas marianos, la conclusión que propone el autor nos deja, por su brevedad, deseosos de más amplias reflexiones.

La parte tercera es una exposición doctrinal de los principales temas de la mariología. Está dividida en cinco capítulos. Para valorarla hay que tener en cuenta que se trata de un manual, no de una obra general sobre la Virgen María. Por eso, hay que destacar tanto la metodología como la selección y la ordenación de los temas, destinados a la ilustración y la enseñanza de los lectores.

Bajo este punto de vista, estas páginas cumplen satisfactoriamente su cometido. No obstante, aunque la maternidad divina sea el punto focal de toda consideración teológica de la figura de María, dada la orientación histórica que el Vaticano II ha dado a la mariología actual pienso que hubiera sido mejor establecer un esquema temático, con esa orientación.

La predestinación de María, con la Inmaculada Concepción, deberían ser aquí el punto de partida del desarrollo mariológico. Es un problema de método; pero suele clarificar el contenido de los problemas doctrinales y su mutua conexión en un sistema bien organizado.

Presentamos un manual de mariología actual, bien documentado, claro y conciso, enriquecido con datos y textos de la Sagrada Escritura y de la tradición de la Iglesia. Felicitamos al autor por esta obra, que no dudamos contribuirá a conocer la imagen teológico-bíblica de la Virgen María, Madre Virginal del Hijo de Dios y colaboradora con Él a la obra de la salvación.

E. Llamas

W. Krieger - A. Schwarz (Eds.), *Amt und Dienst. Umbruch als Chance* (Würzburg: Echter 1996) 152 pp.

Se trata de una obra en colaboración, que recoge las conferencias de las Jornadas sobre Pastoral en Austria, que tuvieron lugar del 28-30 de diciembre de 1994. A través de los diversos estudios se intenta responder a la siguiente cuestión: ¿Qué ministerios necesita hoy el pueblo de Dios para cumplir con su misión en el mundo? (p. 7). El hecho de que en el lugar del sacerdote se encuentren hoy muchos laicos cualificados, que desempeñan tareas importantes en la Iglesia, plantea la pregunta sobre «dónde están los límites o fronteras de esta evolución», y «cuáles son los criterios desde los que se juzga que los nuevos ministerios y servicios están dentro de una eclesiología de comunión».

El primer estudio, de P. Neuner, trata sobre «*El ministerio eclesial: una identidad en evolución*» (pp. 9-33). Se trata de un excelente trabajo que aborda, desde la Escritura y la Eclesiología, el tema del ministerio, afrontando los problemas más candentes, como son: la fundamentación del ministerio en la necesaria continuidad de la misión y el apostolado; el apóstol y el ministerio como fundamento de la comunidad y la comunión en la unidad; la continuación del apostolado como fundamento de la sucesión apostólica; la identidad de las funciones ministeriales; la necesaria armonización de los diversos ministerios en la comunidad, a partir de la doctrina del Vaticano II; la identidad y funciones de los ministerios laicales, recogiendo las opiniones de H. J. Pottmeyer, K. Rahner, P. Hunermann...).

W. Beilner trata el tema del «*Ministerio y servicio: complementariedad como chance. Desde el testimonio del Nuevo Testamento*» (pp. 34-60). El autor estudia en un amplio trabajo algunos aspectos sobre el ministerio, partiendo de una presentación de la enseñanza de la historia y la tradición de la Iglesia, y viniendo a centrarse en el Nuevo Testamento. Su

pensamiento y conclusiones los va resumiendo en «tesis», que facilitan la lectura y comprensión.

J. Müller nos habla de «*La dimensión humana del ministerio pastoral*» (pp. 61-72). Parte de la situación actual que viven muchos sacerdotes, entre el cansancio y el entusiasmo, entre el pueblo y la jerarquía, entre la perplejidad y la esperanza, entre la resignación y la fidelidad... Problemas como el del «complejo de Marta» sin tiempo para sí mismos, o de la dificultad para escuchar y acoger, o el de la búsqueda de éxito que no llega..., son tenidos en cuenta por el autor. A partir de esta situación propone una serie de «ayudas» que el sacerdote necesita: cooperación sacerdotal, espacios de desahogo y expansión, encuentro con diversas experiencias...

A. Fuchs aborda el tema del ministerio desde una perspectiva psicológica, y en concreto de la «*Psicología de la organización, como ayuda para comprender los cambios estructurales*» (pp. 73-91). El autor pretende mostrar la importancia que tiene la presentación, la organización y la imagen, en el desempeño del ministerio.

L. Karrer ofrece un excelente estudio sobre el tema «*Para animar el Ser-cristiano: ¿Qué servicios o ministerios necesita hoy el pueblo de Dios?*» (pp. 92-116). El autor parte de una doble inquietud: la de la Iglesia sobre los hombres de hoy, y la de éstos sobre la Iglesia; considerando que la cuestión fundamental es ésta: ¿Llega la Iglesia al hombre actual? ¿Qué servicio espera el hombre de hoy de la Iglesia? Es en este horizonte en el que hay que situar la pregunta sobre los ministerios de la Iglesia. Parte de la misión recibida de Cristo y de la diakonía a esta misión, centrándose después en los sujetos que deben promoverla, en su significado «mista-gógico», en sus dimensiones fundamentales (Martyria - Leiturgia - Diakonía), y concluyendo con la afirmación fundamental de que es la misión y el servicio los que determinan los ministerios, y no tanto una concepción determinada de Iglesia.

J. Wanke trata «*Para gloria de Dios la multitud de los que dan gracias*» (2 Cor 4, 15). «Lo que permanece en la misión pastoral» (pp. 118-133). Parte de lo que significa un «pastor» según San Pablo, y del peligro de la actitud de «resignación» hoy tan extendida, y viene a proponer una serie de reflexiones para la animación de la pastoral, entendida como confrontación con la verdad de Dios, del hombre, y del mundo; y como conversión y confianza en la misma acción de Dios, más que en los datos de la sociología o psicología. Para ello hay que tener en cuenta cómo se manifiesta hoy Dios en la búsqueda de libertad, de humanidad, de veracidad...

Finalmente, B. Ernsperger aborda el tema de «*Las perspectivas para el desarrollo de los Servicios y Ministerios en el pueblo de Dios*» (pp. 134-151). El autor reconoce la crisis de la Iglesia y de la sociedad en el momento actual, que se refleja necesariamente en la pastoral. Pero ofrece también perspectivas para un nuevo impulso, como son: aprendizaje desde la crisis; renovación de estructuras; nuevo desarrollo de los ministerios (Pas-

toralassistenten); visión y apertura hacia el futuro; insistencia en el ministerio como servicio, y servicio al sacerdocio universal; comprensión del ministerio con cierto carácter subsidiario respecto a la comunidad; aprendizaje en el ejercicio del ministerio ordenado para la dirección en la «colegialidad» con otros ministerios laicales...

En una palabra, el libro que presentamos contiene algunos estudios importantes, que merece la pena tener en cuenta en el estudio y renovación actual de los ministerios en la Iglesia.

Dionisio Borobio